

EN HOMENAJE AL PROFESOR ARMANDO DE RAMON

Largos años de amistad, más de treinta, me unieron a Armando de Ramón. En los comienzos de la década de los 70 se impulsaba el estudio de la Historia Económica y Social en el Instituto de Historia de la Universidad Católica, inquietud que entonces también animaba a un grupo de ayudantes del Departamento de Historia de la Universidad de Concepción. Así junto con Rodia Romero, que después derivó hacia otros ámbitos de los estudios sociales, Arístides Rivera, fallecido en México, Inés Herrera que investiga actualmente en el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, conocimos a Armando, a Gabriel Salazar y Carlos Sempat Assadourian.

Años después tuve la feliz oportunidad de que fuera mi profesor en el Programa de Doctorado del ya citado Instituto, en un curso de Historia Urbana de la América Latina, materia que, como muchas otras, dominaba con propiedad. En muchas ocasiones estuvo en nuestro Departamento de Historia dictando conferencias, presentando publicaciones y trabando amistades, como la que surgió entre él y su esposa Emita con Augusto Vivaldi. Las animadas conversaciones se prolongaban por largas y muy amenas horas. Recuerdo también que eligió a uno de nuestros alumnos del programa de Magíster, Carlos Muñoz Labraña, como ayudante para las Biografías de Chilenos que preparó con tanta acuciosidad y dedicación.

La última vez que lo encontré fue a fines del año pasado, cuando una vez más vino a Concepción para presentar el libro de Enrique Fernández D. sobre el Estado. Aproveché su estadía para pedirle que dictara la clase final de un curso de Historia de América Latina Contemporánea, propuesta que aceptó con su gentileza habitual, ofreciendo una lección que los alumnos no olvidarán. Pocos días más tarde recibí su llamado para darme su nueva dirección y número telefónico. Después la noticia tristemente inesperada de su fallecimiento al caer el verano.

Yo había preparado una reseña sobre su última publicación, que fue publicada en *Historia* N° 37. La había hecho demasiado extensa, por lo que para efectos de publicarla necesariamente tuve que acortar, seleccionando lo que me pareció imprescindible. Ahora ofrezco el texto completo de ella, como un homenaje al querido amigo y al notable historiador.

HISTORIA DE CHILE. DESDE LA INVASION INCAICA HASTA NUESTROS DIAS (1500-2000)

Armando de Ramón. Santiago, Catalonia Ltda., 2003, 316 pp.

LEONARDO MAZZEI DE GRAZIA
Universidad de Concepción

Son muchas y voluminosas las obras que se han escrito sobre la historia general de Chile, como el mismo autor Armando de Ramón lo señala. Su propuesta, en cambio, es la de ofrecer un ensayo de síntesis, privilegiando aquellos aspectos que, como él indica, "no siempre se tocan en los trabajos históricos corrientes" y obviando o dando menor extensión a otros por haber sido suficientemente estudiados. Su perspectiva de análisis es la de una interpretación en la que los grupos sociales adquieren un alto protagonismo, sobre todo aquellos que detentan el poder o bien logran alcanzarlo y, al menos, compartirlo.

Esta historia recorre todos los siglos, pero en la estructura de la obra se concede un mayor espacio al siglo XX que conforma un 65 % del texto, lo que se debe, a nuestro juicio, a dos razones: por una parte, a que la historiografía nacional le ha dedicado menos atención en relación a otras etapas, siendo su estudio abordado preferentemente por otras disciplinas sociales, como la economía y la sociología; por otra parte, esta opción se enlaza con una tendencia historiográfica que se abre paso con fuerza: la llamada historia actual o historia del tiempo reciente.

El autor aprovecha la Introducción para describir los grupos originarios y áreas culturales que los conquistadores fueron encontrando en sus trayectos, utilizando en esta penetración los caminos trazados anteriormente por los incas; también se apoyaron en los asentamientos dejados por la invasión incaica, en especial el valle del Mapocho, que sería la base desde la que los hispanos urdirían su dominio. El proyecto colonizador, fraguado desde los tiempos de Valdivia, terminaría por derrumbarse en Curalaba ("Este increíble desastre, producido sólo por el descuido de los castellanos es uno de los hechos más importantes de la temprana historia de Chile"). En adelante la frontera conformada en torno al Biobío va a constituir la "zona de guerra", mientras que al norte de este río y, sobre todo, al norte del Maule se estructuró la "zona de paz".

Pero ya en la sociedad señorial del siglo XVI empezaron a delinearse grupos con intereses divergentes. Por cierto, el reducido grupo de encomenderos que detentaron el poder económico y la supremacía social e impidieron hasta muy avanzado el siglo, 1575, que vecinos no "feudatarios" pudieran ocupar cargos del Cabildo. Dentro de los encomenderos, el autor distingue dos grupos: el que estuvo formado por parientes y cercanos a Valdivia y el que tuvo su basamento en personas que llegaron con Hurtado de Mendoza: "Este segundo conjunto de patricios se consolidó durante el último cuarto del siglo XVI y luego de su victoria total sobre el primero fue el que aglutinó en su entorno a las elites chilenas, formando un conjunto aristocrático de gran poder durante todo el siglo XVII". Fue conformándose también un grupo de mercaderes que llegó a competir y hasta superar a la propia elite de encomenderos. El autor se refiere a varios casos y los parangona con los capitalistas del XIX, los Edwards, Ross, Cousiño y Urmeneta, entre muchos otros. Es una interesante propuesta la de De Ramón la de detenerse en los comerciantes, cuyo papel generalmente ha pasado casi inadvertido por el influjo encomendil. Para él la aparición y desarrollo de los mercaderes contribuyeron a la transformación de los grupos elitarios, deviniendo en una burguesía integrada "por hombres ricos que reunían en sus personas los oficios de mercaderes y dueños de los medios de producción y que darían el tono a una clase alta que perduraría con estas características todo el siglo XVIII para llegar hasta el XIX".

Desde el XVII la economía chilena dependió del mercado externo, constituido por el virreinato peruano, tendiéndose a la monoproducción. Así, durante dicho siglo la mayoría de las estancias estuvo dedicada a la producción de sebo, cordobanes y badanas, que eran los productos requeridos por la economía virreinal, quedando las exportaciones sujetas a los vaivenes de esta economía. En el XVIII la tendencia monoprodutora y monoexportadora se acentuó con el ciclo triguero, si bien en el norte se produjo un resurgimiento minero. Los empresarios mineros enriquecidos se trasladaban al centro del país, incorporándose a los que De Ramón denomina grupos burgueses que dominaban en Santiago. No obstante las limitaciones de la dependencia económica con respecto al Perú, el aumento de la producción cerealera y el resurgimiento minero del norte permitieron que la clase alta alcanzara un bienestar como nunca antes lo había tenido. Mientras, por debajo, se incubaba una clase baja que, emigrando del campo, se instalaba en los arrabales de las ciudades, sobre todo, en Santiago, formando focos de miseria, los llamados guangualíes, en los que no había gente con ocupacio-

nes fijas, sí muchos "ociosos, vagos y malentretenidos" (a fines del XVIII los habitantes pobres constituían más del 40 % de la población de Santiago). Era "la plebe insolente", la canalla en la que se radicaban los mayores males, eran los mestizos, cholos y "gente vil". "Toda esta muchedumbre de epítetos –asevera el autor– encubría una política de perpetua represión y abuso que, por desgracia, no ha estado ausente en etapas más recientes de la historia chilena".

Nos parece un acierto diferenciar el Chile Republicano en términos de proyectos de sectores sociales. En el XIX y primeras décadas del XX, el proyecto histórico de la oligarquía y, luego, desde 1920 el de los sectores medios. En cuanto al concepto de oligarquía, señala que, como es sabido, se refiere a "un régimen político y social que implica el control riguroso del poder político por parte de una minoría que posee también el poder económico". Coge algunas características oligárquicas planteadas por el sociólogo argentino Waldo Ansaldi, entre ellas, una base social angosta; reclutamiento cerrado de los que se nombran para desempeñar las funciones de gobierno; exclusión de los disidentes o de la oposición; mecanismos de lealtades familiares o grupales, para señalar algunas. En la interpretación de De Ramón, en Chile puede hablarse de oligarquía a partir de la tercera década del XIX, con lo cual retrotrae el proceso de su formación a un tiempo bastante anterior al que usualmente ha sido señalado por la historiografía nacional. Un factor importante que, a su juicio, contribuyó a esa formación fue la llegada del gran comercio británico (cuya penetración se había iniciado con la finalización de las guerras de la Independencia y aun antes en algunos casos) y el impulso que ese mismo comercio dio al puerto de Valparaíso. Si bien los comerciantes británicos estuvieron vinculados en algunos negocios de importancia con las familias aristocráticas de Santiago, su conexión principal era con las casas mercantiles de la metrópolis británica. El sector oligárquico fue variando en el transcurso del siglo, incorporándose hombres de nuevas fortunas que no correspondían a familias tradicionales. Ellos se unieron en estrecha alianza con la antigua elite santiaguina, marcando "el ritmo de la historia chilena por su influencia y poder, constituyendo, pues, una oligarquía en el pleno sentido de su definición antes transcrita".

El programa oligárquico consultó, en primer lugar, la estructuración del Estado bajo un orden constitucional. Paradójicamente, anota el autor, las constituciones que han tenido mayor duración, como la de 1833, no fueron discutidas y aprobadas por representantes elegidos por el pueblo para ese efecto, sino por Convenciones de corto número; en el caso de la de 1833, la Convención estuvo compuesta por 16 diputados en ejercicio y 20 hombres probos e ilustrados, que siguieron básicamente las ideas propuestas por Mariano Egaña. Es decir, la Constitución fue claramente un producto oligárquico, que excluía de la participación política a la inmensa mayoría de los habitantes del país.

Por cierto en el tema de la construcción estatal no podía soslayarse la figura de Portales, cuyas ideas, de acuerdo a la historiografía tradicional, habían dado forma a la que dicha historiografía denominó la "época portaliana". De Ramón plantea que los postulados del ministro no conformaron una ideología propiamente tal, sino ideas generales, "casi reflexiones de sobremesa". Tal "ideología" estaría sintetizada en la famosa carta de Portales a su socio Cea del año 1822, en que expresó el absurdo de pretender establecer la democracia en los países de la América Hispana, donde abundaban los vicios y no las virtudes; las necesidades del momento imponían, en cambio, "un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo". La concepción del régimen portaliano para De Ramón se articula en función de acciones operativas, destacando en ellas "la formación de un equipo de hombres muy capaces que actuaron en la política chilena hasta mucho después de muerto el ministro y que disfrutaron y ejercieron una gran influencia personal completando su obra". Entre ellos figuraron Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, los chilenos Manuel Rengifo, Mariano Egaña, Joaquín Tocornal y en la generación siguiente Manuel Montt y Antonio Varas. Esta idea de un grupo selecto puede asociarse a aquellos hombres virtuosos a que aludió el ministro.

Otro acierto de la síntesis histórica in comento es la utilización del método comparativo en el análisis de los procesos, conforme al planteamiento de que no es posible entender a Chile, sin revisar lo que ocurre y ha ocurrido en otros países de América, como los inmediatos vecinos. En el caso argentino el ideario de Juan Bautista Alberdi fue influenciado por la ordenación política alcanzada en el Chile conservador; no es pues una simple coincidencia que Alberdi haya escrito y publicado en Chile su conocida obra sobre la organización política de la República Argentina (1852). Valorizó la solución política chilena como la única racional en repúblicas que poco antes habían estado bajo un régimen monárquico; firme adherente al orden, planteó que la forma de mantenerlo era mediante un presidente constitucional dotado de facultades extraordinarias, quedando el poder radicado en un pequeño grupo de privilegiados, cuyo programa debía consultar el incremento demográfico mediante la inmigración ("gobernar es poblar"), la colonización de espacios territoriales, el desarrollo de los ferrocarriles, el progreso urbano y rural y la industrialización.

La obra de la oligarquía chilena coincide en varios puntos con el programa alberdiano y se sintetiza en la articulación del valle central, en la cual el trazado de vías férreas y la habilitación de puertos fueron fundamentales para las exportaciones de trigo y harina; y en la ocupación efectiva del territorio con el establecimiento en el Estrecho de Magallanes; la colonización con familias alemanas en los territorios de Valdivia, Osorno y Llanquihue; y la ocupación de la Araucanía, mal llamada "pacificación", concorde con la también mal denominada "conquista del desierto" en Argentina. Una de las diferencias en este proceso radica en que en Chile fue lento y gradual, demoró dos décadas (1861-1881); en Argentina, en cambio, fue muy rápido: entre 1878 y 1879, en que la población mapuche fue aniquilada y otros consiguieron huir a Chile. Esto explica, a juicio del autor, la desaparición del pueblo mapuche en el sur de Argentina y su supervivencia en el territorio chileno, sufriendo sí las pérdidas de sus tierras y otros vejámenes.

El proceso de expansión territorial, obra de la oligarquía, culminó con la que De Ramón titula la 2ª Guerra del Pacífico y la consiguiente incorporación de las provincias salitreras. "Con esta conquista —concluye— la República de Chile terminó de ordenar y organizar su trazado y sus fronteras fundamentales. Desde 1842, cuando incorporó oficialmente al territorio el Estrecho de Magallanes, hasta 1883, año del Tratado de Ancón que incorporó Tarapacá y Arica, transcurrieron 41 años durante los cuales el crecimiento del territorio y la apropiación efectiva de éste quedaron completados". Este proceso fue obra del proyecto oligárquico, sin embargo, la colonización de las pampas nortinas no habría sido posible sin el traslado de una muchedumbre de trabajadores, cuya presencia fue primordial en la chilenización de esos territorios.

Con la incorporación de las provincias nortinas culminaba, pues, la obra expansionista del proyecto oligárquico, pero dentro de él la crisis terminal del estado portaliano se produjo antes, con la guerra civil de 1891. De Ramón cita las interpretaciones de diversos historiadores sobre el conflicto, destacando la de Alfredo Jocelyn-Holt, para quien la propuesta de Balmaceda era la de un cambio desde arriba, programado y controlado, sin que ello amenazara la hegemonía de la elite. No obstante, ésta no quería cambios, aunque éstos no significaran poner en riesgo su dominio excluyente. La experiencia histórica —acota De Ramón— demuestra que la derecha chilena teme a la modernización, a los cambios. Identificado con el progresismo balmacedista, sugiere que de haber tenido éxito este gobierno "habría permitido un nuevo ciclo de crecimiento cultural, social e incluso económico".

Finalizada la guerra civil la oligarquía mantuvo y aun acrecentó su predominio excluyente por treinta años, sin que en esos años, como tampoco durante todo su proyecto, desarrollara una política que atendiera a los problemas sociales ("La verdad es que la oligarquía chilena nunca tuvo una política social estructurada como para dar una solución a los graves problemas que sufría la población pobre del país"). Ya a fines del XIX se denotaban síntomas de su decadencia, manifestados en un estilo de vida trivial, en que predominaba la conversación intrascendente, los rumores y escándalos, las juergas, las largas y dispendiosas estadías en Europa, sobre todo en París, y la corrupción acicateada por la necesidad de procurarse recursos para sostener el rango.

En el extremo opuesto estaban los excluidos y despreciados, motejados despectivamente por la clase alta, como era usual: "la lepra inmensa de los barrios pobres", "aquella indescriptible cloaca". De los sectores populares surgió la inquietud y la amenaza; los trabajadores habían empezado a organizarse para dar sus luchas reivindicativas, cuya mayor expresión en el siglo XIX fue la primera huelga general estallada en 1890 y que abarcó desde Iquique hasta Concepción; siguieron otros movimientos huelguísticos, todos ellos de carácter reivindicativo, que fueron violentamente reprimidos. La matanza de la Escuela Santa María de Iquique se yergue como paradigma de los intentos de reivindicación y de la represión. Los obreros volvieron a la pampa dejando un número crecido de muertos y haciendo vacilar al movimiento sindical.

Pero superadas las vacilaciones, recobró fuerza la organización del proletariado que, junto con el surgimiento y desarrollo de la clase media al amparo del crecimiento del Estado, demostraban que el proyecto oligárquico excluyente no era sostenible. El desprecio elitario, recurrente en nuestra historia como se aprecia en las páginas de este libro, se expresó en contra de la clase media rebelde que cuestionó el dominio de la oligarquía y su capacidad para dirigir el país. Eran para la elite los "advenedizos", los hombres "sin lastre histórico". Entre ellos el propio Arturo Alessandri, no obstante su extensa trayectoria política, pero era el adversario que había que detener y destruir en la elección presidencial de 1920, , más aún, cuando había anticipado que quería ser una amenaza "para los espíritus reaccionarios, para los que resisten toda reforma justa y necesaria" y se proponía realizar un programa de reformas sociales en beneficio de la clase trabajadora. El patriado fue derrotado en aquella elección presidencial; sin embargo la oposición parlamentaria consiguió impedir que se aprobaran los proyectos de leyes sociales; como sabemos tuvo que mediar la intervención de militares progresistas para que se despachara un conjunto de leyes de esa índole.

Estos son antecedentes de lo que De Ramón denomina el Proyecto de las clases medias, cuyo comienzo lo sitúa en 1938 con el triunfo del Frente Popular. Los hombres que gobernaron Chile a partir de entonces lograron la democratización del país e implantar un nuevo modelo económico en que el Estado asumió el papel protagónico. En la entusiasta interpretación del autor, en "el período 1938-1973 existió en el país una verdadera república donde las libertades, pero al mismo tiempo el respeto a los derechos de las personas, pasaron a ser una realidad sentida y ejercida por todos los sectores del país. Muchos pensamos que esta etapa constituye el período histórico que, aunque teniendo muchos defectos y carencias, estuvo más cerca de la definición clásica de 'república', es decir, la forma de gobierno de los pueblos emanada de la plena participación popular, supremo ideal de todos los tiempos".

En el plano económico surgió el Estado empresario, que desarrolló una intensa labor a través de la CORFO, modernizando al Chile tradicional con la electrificación y la creación de industrias básicas en la energía y la siderurgia, entre otras realizaciones. La valoración de la obra del Estado empresario se manifiesta sin ambages: "Eso es lo que constituye la obra inmensa realizada durante más de cuarenta años y sin la cual las nuevas orientaciones económicas establecidas desde la década de 1970 no habrían podido tener éxito". A pesar de los logros, subsistieron, se agudizaron y surgieron problemas que limitaron los alcances de la labor realizada: los grupos más modestos quedaron marginados de los beneficios del desarrollo industrial; la inflación se hizo crónica llegando en algunos años a porcentajes muy elevados; aunque el esquema de crecimiento económico era 'hacia adentro', la economía chilena continuó sosteniéndose básicamente en las exportaciones mineras; siguiendo a Aníbal Pinto Santa Cruz, la clase media chilena no se transformó en una ferocidad terrible hacia todos los que creía sus enemigos", "esta ferocidad a que aludimos pudo ejercerla en un país aterrorizado". Describe una Antología del horror expresado en asesinatos, desapariciones y torturas (problemas aún no resueltos por la sociedad chilena), con casos tristemente paradigmáticos como "la Caravana de la Muerte", la creación de la DINA, los crímenes y atentados perpetrados en el extranjero. En la imposibilidad de encontrar una explicación racional a tanta violencia, "sólo parece quedar como argumento la necesidad de producir terror colectivo en la población o de generar un miedo absoluto en el país para permitir al gobierno castrense gobernar con la mayor tranquilidad posible".

Ha sido generalmente destacada como logro del régimen militar, la nueva política económica implementada por el grupo de economistas denominados los "Chicago boys", a la que el autor dedica pocas páginas, no dejando de reparar en los costos sociales de tal política, especialmente el alto nivel del desempleo. Pone de relieve, en cambio, el papel que cupo a la Iglesia Católica en la defensa de los derechos humanos y el largo camino para llegar al plebiscito de 1988, incluidas las protestas populares y los acuerdos políticos de la oposición democrática, que contribuirían al fin de la dictadura.

La obra se cierra con un Epílogo referido a los años de la Concertación de los Partidos por la Democracia, entre 1990-2000. No fue fácil para la nueva coalición política el ejercicio del mando frente a los militares acostumbrados ya a detentarlo. Las demostraciones militares, llamadas "Ejercicio de Enlace" y "Boinazo", realizadas para detener las investigaciones sobre negocios ilícitos de familiares directos del general Pinochet, evidenciaban la fragilidad de la nueva democracia. En un plano global ella se vio (y se ve) limitada por la persistencia de la Constitución de 1980 (que De Ramón analiza bajo el paréntesis del surrealismo en política), que dejó amarres autoritarios, como son, entre otros, la creación y atribuciones del Consejo de Seguridad Nacional (COSENA), en cuya composición hay mayoría militar; y la inamovilidad de los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas.

Pese a todo ello y a la existencia de problemas no resueltos, a que aludimos, la Concertación ha logrado ir consolidando el proceso democrático. Los juicios del autor rebosan entusiasmo: "También ha sido un fenómeno nuevo en Chile, la creación, existencia y mantenimiento en el poder de una combinación política tan exitosa como la Concertación, raro ejemplo político chileno en doscientos años". El éxito se advierte en las políticas económicas elaboradas y manejadas con prudencia, evitando medidas populistas y reconociendo, a la vez, "la deuda social" en materias como salud y educación, en las que se optó por "un enfoque gradualista", con una expansión responsable del gasto fiscal, con el propósito de no provocar inflación. Esta logró rebajarse a nivel de un dígito; el valor de las exportaciones se duplicó entre 1990 y 1997 y el número de pobres bajó sustantivamente. Persiste sí la desigualdad en el ingreso; en este problema Chile tiene uno de los peores registros en toda América Latina, siendo superado sólo por Brasil y estando a la par de Guatemala.

Con todo, el mayor éxito de la Concertación ha sido la restauración del antiguo sistema democrático chileno, tradición interrumpida por la dictadura, que se mantenía latente en el pueblo chileno. El largo recorrido que Armando de Ramón hace por la historia de Chile, finaliza con la satisfacción de asistir al retorno a la de-

mocracia, a la apertura de un nuevo ciclo promisorio y esperanzador para el país: "En estos momentos esperamos que se encuentre terminado el largo proceso político, económico y social que ha sufrido Chile entre 1970 y 2000. Las heridas pendientes están comenzando a cicatrizar con las decisiones del Poder Judicial. La 'democracia tutelada', como algunos han llamado a la chilena de la última década del siglo XX, también está viviendo sus últimos días, pues esperamos que el proceso de reformas, bajo mano segura, también comience a caminar". Por cierto, hacer una síntesis de la historia del país en 300 páginas no es una tarea fácil. Creemos que De Ramón lo ha logrado. No una síntesis de carácter fáctico, en que se describan los hechos y procesos que han sido considerados más relevantes, sino una síntesis interpretativa, en que a cada paso aparece el juicio valorativo del autor. Esta obra no pretende la llamada "objetividad", relatar de modo insípido los hechos tal como fueron, que ya sabemos ha sido desechada por la actual historiografía. Encontramos en ella, en cambio, una coherencia exegética en la perspectiva de análisis por la que ha optado el historiador, ésta es la de los grupos sociales como protagonistas. En este aspecto se echa de menos el análisis en algunos casos o un mayor análisis en otros, de los sectores populares estudiados por los investigadores de la nueva historia social chilena, principalmente Gabriel Salazar, Julio Pinto, María Angélica Illanes y Mario Garcés; también los grupos étnicos originarios, los inmigrantes y la mujer. Sin embargo, debemos considerar que la opción fundamental del autor ha sido la de sintetizar primordialmente la historicidad de los grupos de poder y ciertamente los que hemos nombrado, salvo aquellos inmigrantes que llegaron a formar parte de la elite, no la han tenido.

HISTORIA SOCIAL DEL EJERCITO DE CHILE

Sergio Vergara Quiroz. Santiago, Universidad de Chile. 1993. Volumen 1, 247 páginas; volumen 2, 174 páginas. 30 cuadros y 30 gráficos e ilustraciones.

MARIO VALDÉS URRUTIA
Universidad de Concepción

Un libro de historia social vigente. Así identificamos esta obra de Sergio Vergara Quiroz, estudioso de la Historia y destacado académico del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, fallecido hace unos meses.

La vigencia de este trabajo descansa en la calidad de las fuentes de información seleccionadas y compiladas para el período comprendido desde el siglo XVI, pero que se concentra y amplía entre 1818 y 1881 —es decir, una buena parte del siglo XIX—, además del uso de una metodología de trabajo que viene a ser un modelo a replicar en el tratamiento de la materia objeto de estudio: el devenir del componente social en la institución Ejército de Chile.

Aunque la temática abordada tiene su eje central en el Ejército chileno, se examinan los contextos históricos donde los diversos sectores sociales han ido dejando su huella en el nervio constitutivo de esta institución militar. Son examinados los antecedentes de la conformación de esta institución, que provienen desde el proceso mismo de Conquista de Chile en el siglo XVI (con toda la urdimbre de relaciones con el mundo occidental cristiano), la posterior formación del Ejército estatal permanente y la relación con las milicias durante el período colonial. Son examinadas también las características estructurales y disciplinarias del ejército borbónico, el escenario posterior donde surge el ejército patriota, su devenir organizacional y los caracteres fundamentales del ejército que actúa en la segunda mitad del siglo XIX, época donde tiene lugar el conflicto bélico internacional más serio que encaró la república: la Guerra del Pacífico.

Las denominaciones con las cuales fueron subtitulados los volúmenes, a saber, Ejército, sociedad y familia en los siglos XVIII y XIX para el volumen I, Los oficiales y sus familias en el siglo XIX, volumen II, han resultado muy esclarecedoras para quien aborde este libro.

Con la subtitulación del volumen I, el autor ha querido señalar nos no solamente una estructura, sino las características epocales, sociales y de vida familiar que podíamos encontrar en aquel período.

Un aspecto importante de traer a colación fue la diferenciación entre el ejército financiado por el Estado —ya fuese el de los Austrias o el de los Borbones— y la organización de las milicias, fuerza auxiliar en la defensa, financiada principalmente con el esfuerzo privado. Si el ejército estatal realizó sus funciones con los conocidos problemas de financiamiento, entrenamiento y disciplina, las milicias —activas desde comienzos del